

# Modelos bipolares, estilos de vida y capas medias en la historiografía social colombiana sobre el siglo XIX\*

Bipolar models, lifestyles and middle Colombian social historiography on the nineteenth century

*Sergio Paolo Solano D.*

**Resumen:** En este artículo se argumenta que la aplicación de un modelo bipolar en el análisis de la sociedad colombiana del siglo XIX lleva a simplificar la estratificación social y a desconocer la existencia de unas capas medias organizadas en torno a un estilo de vida en el que el honor y la proyección de una imagen social respetable eran la piedra angular. Propone ver lo popular como un espacio social y cultural que se dinamiza a partir de los conflictos entre los estilos de vida de sus diversos sectores.

**Palabras Clave:** Capas medias, estilo de vida, honor, modelo bipolar.

**Abstract:** This article argues that the application of a bipolar model in the analysis of nineteenth-century Colombian society is to simplify the social stratification to deny the existence of middle classes organized around a lifestyle in which the honor and projecting a respectable social image were the cornerstone. Proposes more popular as a social and cultural space that is energized from the conflict between the lifestyles of its various sectors.

**Keywords:** Middle class, lifestyle, honor, bipolar model.

## Presentación

En los últimos decenios los estudios de las sociedades latinoamericanas del siglo XIX han ampliado sus horizontes gracias a la aplicación de nuevos modelos provenientes de las experiencias historiográficas de otras latitudes, como también a la aclimatación de los modelos teóricos de otras disciplinas sociales como la antropología cultural, la sociología y la teoría política (Thompson, 2000: 15-43; Díaz, 2004; Hatch, 1989; San Pedro, 2004: 13-47).

Recibido el 02 de julio de 2009 - Aprobado el 15 de noviembre de 2009

Para los propósitos de este artículo entre esas influencias vale destacar: 1) algunos modelos sociológicos alternos a ciertas variantes economicistas del marxismo, como los de Max Weber, Norbert Elías y Pierre Bourdieu, los que al combinarse en diversas escalas con los logros de la antropología sociocultural, en especial de la inaugurada por Marcel Mauss con su concepto de “obligaciones recíprocas” que supone unas lecturas previas y unas prácticas de reconocimiento entre personas que se consideran próximas en grados de honor (Cardoso, 2004: 25-39), han llevado a enriquecer las imágenes que tenemos del pasado de estas sociedades.

Los desafíos lanzados por diversas corrientes historiográficas (historia popular, historia desde abajo, estudios de géneros, historia de los grupos subalternos) que han introducido nuevas variables en el estudio de las sociedades al recuperar nuevos actores sociales (Burke, 1991; Hobsbawm, 1998: 205-219) y al reclamar el diseño de modelos y conceptualizaciones que superen, tanto el esencialismo propio de la tradición intelectual originada con el proyecto de la ilustración europea, como la traslación mecánica de los modelos sociológicos, antropológicos e históricos construidos con base en las experiencias del mundo del Atlántico Norte (Spivak, 1998: 247-278).

Uno de los campos que se viene explorando con éxito es el de los rangos y roles de los distintos sectores sociales, las normas que regulan sus relaciones, las tensiones entre unas estructuras heredadas y la acción social de individuos y grupos sociales dirigidas a conservarlas, modificarlas o cambiarlas. El tema fue planteado desde el penúltimo periodo finisecular por la sociología histórica que estudió las formas de vida estamentales organizadas en torno a unos estilos de vida en los que las valoraciones y el reconocimiento social eran esenciales (Weber, 1997: 242-248). En los últimos decenios ha resurgido con cierta fuerza gracias a los trabajos de Norbert Elías sobre el estilo de vida de los cortesanos franceses de periodo absolutista organizado en torno a unas valoraciones diferentes de las de la “sociedad profesional-burguesa”. En esta riqueza, acumulación de bienes materiales; en aquella, el honor, las formas cortesanas de vida y de valoración social. El estudio permitió a Elías concluir que existía una relación entre la imagen que un hombre se hace de sí mismo, la escala de valores hacia donde proyecta su conducta y la aprobación o desaprobación de sus acciones y de su imagen social por otros hombres, y que tanto la autoevaluación como la evaluación de los demás se llevan a cabo por medio de unas valoraciones fundadas culturalmente. (Elías, 1996: 103, 129 y ss.; 1998: 79-138).

Años después, Roland Mousnier, sociólogo francés que durante algún tiempo se mantuvo cercano a los historiadores agrupados alrededor de la revista *Annales*, al estudiar las formas de estratificación social de algunas áreas del mundo posterior al siglo XVI, resaltó la organizada alrededor de las diferencias de consideración social, dignidad, rango, honor y prestigio entre los individuos y el reconocimiento mutuo entre los grupos sociales. Cada estatus asigna rangos y roles comunes a los individuos y agrupaciones que lo integran, expresados en unas conductas proyectadas acorde con unos comportamientos esperados

y materializados en unos rituales, unos intercambios simbólicos que expresan la aceptación tácita de su posición social de parte de quienes los practican y recibiendo del resto de la sociedad un tratamiento en consonancia con esta posición. También se preocupó por analizar –y esto interesa para los problemas antes planteados– los deslizamientos de las estimaciones que organizan a sus elites (honor, consideración, dignidad) hacia otros sectores sociales, y sugirió la importancia de observar como se cruzan con la presencia de otras valoraciones (raza, religión, poder, riqueza, prestancia) y de la cercanía o lejanía con respecto “... a la función social y al estilo de vida del grupo predominante, así como según la calidad de los servicios que le brindan” (Mousnier, 1972: 12, 18-21).

Más recientemente el también sociólogo y antropólogo francés Pierre Bourdieu, ha propuesto entender la sociedad como una realidad relacional en la que los grupos, individuos e instituciones ocupan posiciones determinadas por la distribución de las distintas formas de poder (que comprende el capital económico, social, cultural y simbólico) que constantemente están en disputas y redistribución. Las relaciones conflictivas entre los grupos sociales crean unos campos de fuerzas construidos históricamente que influyen en las estrategias de las fuerzas en pugna; estas estrategias a la vez están en función de sus capitales simbólicos que es el que define la identidad individual y grupal y la ubicación de estos en la jerarquía social (Bourdieu, 1991: 189-204; Wacquant y Bourdieu, 1995: 64-78).

Como se puede observar, por encima de sus diferencias en estos autores resalta la propuesta de estudiar la configuración de cualquier sociedad teniendo presente las formaciones culturales que permiten a los hombres y a los grupos sociales construir, ordenar, clasificar y leer a sus sociedades, y que la sociedad no puede ser concebida como un orden de grupos con sus cualidades y características acabadas que podemos conocer de antemano, sino más bien como unos sistemas relacionales en los que las posiciones de los sectores sociales y de los individuos se definen por sus relaciones objetivas, histórica y culturalmente construidas, con los otros grupos e individuos. Los objetos culturales que ayudan a definir esas relaciones circulan no en una correspondencia directa con una sociografía y pueden ser apropiados y resignificados por otros sectores. Por tanto no existe una relación directa y causal entre una sociografía y la cultura, y el concepto de circularidad cultural acuñado a comienzos del siglo XX por el ruso Mijail Bajtin es muy útil para entender esas relaciones (Chartier, 1994: 93-199; 1996: 105-162; Bajtin, 1995: 7 y ss.).

Estas influencias han llevado a los historiadores sociales a plantearse nuevos interrogantes y a explorar áreas que habían pasado desapercibidas por la hegemonía de un modelo estructuralista que no dejaba campo para estudiar la acción de los sujetos sociales. Temas que antes pasaban inadvertidos como el de las valoraciones sociales y las luchas por el reconocimiento de individuos y grupos, ahora se les otorga una función de primer orden en la configuración de la sociedad, pues se empieza a reconocer en la lucha por el honor, la dignidad y la consideración, los valores que más marcaron la vida individual y familiar

durante la colonia y que aún siguen dejando su impronta en algunos grupos sociales, pues la discriminación y el marginamiento por factores étnicos llevaba a desconocer atributos y las posibilidades del reconocimiento que la época asignaba como valores positivo del ser humano.

A su vez, estos cambios han llevado a que de la lectura del orden social devenida de la sola distribución de los grupos sociales en los factores de la producción, actualmente se insista en que ellos también existen en la medida en que a través de la experiencia y las tradiciones y los conflictos se reconozcan como tal y construyan, a partir de unos planos multirelacionales en el que también intervienen otros sectores sociales, las instituciones, los conflictos y el juego de imágenes y contraímagenes, unas identidades que los diferencien de los demás grupos. Actualmente se reconoce que las personas tenían diversas pertenencias las que se jerarquizaban de maneras distintas de acuerdo con los planos relacionales en que se desarrollaban. La distribución desigual de los factores del encumbramiento social, sus gradaciones materializadas en una jerarquía y en la desigualdad social, alcanzaba su mejor expresión en la reputación social, en los estilos de vida que en sus líneas gruesas eran heredados para las familias de las élites, y también podían ser contruidos y mantenidos por parte de los sectores sociales no elitistas. Contrario a lo que parece mostrar algunos estudios, aunque la buena reputación era un patrimonio que no se discutía a las élites, también se irradiaba entre distintos sectores de la sociedad en concordancia con una distribución desigual de los diferentes factores que ayudaban a proyectar una imagen positiva. La calidad de la persona determinaba su status establecido por normas legales, costumbres y valoraciones, con la adscripción de sus espacios, labores, indumentaria, relaciones de parejas, etc.

Esta agenda se ha enriquecido con la introducción del elemento étnico como una de las variables significativas en la configuración del mundo social latinoamericano, concluyéndose que los factores que determinaban la estratificación social eran los de pertenencia a grupos étnicos, la posición económica, la influencia política, el prestigio familiar, el honor, la pertenencia a una determinada cultura (Barth, 1976: 9-49)<sup>1</sup>. Entonces, el mundo de la estratificación que se construía en torno a la valoración social ocupa en la actualidad un lugar destacado en los estudios de las sociedades coloniales y republicanas. El honor como un valor de estratificación, de diferenciación y de orden ha sido abordado desde distintas perspectivas, siendo la más aventajada la desarrollada desde los estudios de la raza, la familia y de género. Esto porque el honor como un valor de exclusión e identidad social estaba muy vinculado a la pureza de sangre, el capital social material y simbólico de la familia y a la imagen social de los hombres que dependía directamente de que las mujeres de la familia (madres, esposas, hijas y demás parientes femeninos) fuesen respetadas y no mancilladas en su castidad<sup>2</sup>.

Las apretadas líneas expuestas acerca de uno de los debates más interesantes en la historiografía latinoamericana obligan a concebir al orden social como una realidad mucho más compleja que el presentado por el usual modelo bipolar

que lo imagina dividido en dos grandes segmentos (élites y grupos subalternos, cultura de élite y cultura popular, ricos y pobres, etc.). En este artículo argumento que la aplicación de ese modelo al análisis de la sociedad colombiana del siglo XIX lleva a simplificar la estratificación social y a desconocer la existencia de unas capas medias organizadas en torno a un estilo de vida en el que el honor y la proyección de una imagen social respetable eran la piedra angular. Propone ver lo popular como un espacio social y cultural que se dinamiza a partir de los conflictos entre los estilos de vida de sus diversos sectores.

## **Un mundo social mucho más allá de la simple relación bipolar: Las capas medias**

Las deficiencias de ese modelo se evidencian cuando de manera recurrente los historiadores se tropiezan con una información dispersa y múltiple acerca de un sector social difícil de clasificar en algunos de los polos extremos de la sociedad y que se diferencia en muchos aspectos del resto de los estratos bajos de la población.

Verbigracia, las notas necrológicas aparecidas en la prensa comercial y política de esa centuria dedicadas a exaltar la consideración social que se había granjeado el difunto gracias a la práctica de unos valores y virtudes sociales, entre las que siempre se subraya el hecho de que era hijo de su propio esfuerzo y a una conducta social considerada por los demás como virtuosa y decorosa. Muchas de estas notas se refieren a artesanos, empleados de casas comerciales y de empresas modernas de transporte, oficialidad de vapores fluviales, mecánicos y técnicos, oficialidad media de las milicias, pequeños comerciantes, funcionarios públicos medios y menores, profesionales de extracción humilde, tipógrafos, boticarios, maestros de escuelas y colegios y otras personas.

A menudo a muchos de estos se les encuentra en la prensa oficial de la época ejerciendo cargos públicos por designación o representación; otros resaltan por los rangos de sargentos, tenientes, coroneles, capitanes y en algunos casos generales de las milicias. Firman manifiestos y organizan sociedades políticas y de beneficencia, al tiempo que forman parte de las cofradías religiosas y se les registran en los listados de las logias masónicas. Otros elevan representaciones ante las autoridades, y con estas contratan la construcción y refacción de bienes muebles e inmuebles públicos. Igualmente rematan pequeños impuestos municipales y provinciales y se les reconoce el respeto social al aceptárseles en calidad de fiadores en los contratos públicos. No pocos hacen de la prensa una tribuna para expresar sus ideas y puntos de vista sobre la situación política y económica y la administración pública. También forman parte de los directorios políticos municipales, provinciales y regionales, y a comienzos del siglo XX se colocan al frente de la protesta y de la organización de los trabajadores. Su influencia en la vida social, cultural y política es más significativa de lo que a menudo se reconoce, hasta el punto que muchos elementos de sus estilos de vida se constituyeron en el patrimonio de grandes sectores de la población de

los principales epicentros urbanos de Colombia, en especial de las modernas capas medias que se fueron formando con el transcurso del siglo XX.

Pese a ser un hecho social tan evidente este sector de la sociedad no ha ocupado la atención de los analistas y sólo se hacen referencias de paso y sin que se le otorgue el debido interés que merece y termina diluido en lo popular. Creemos que el enfoque bipolar anotado hasta cierto punto está incapacitado para estudiar a ese sector social medio debido a los procedimientos metodológicos con que opera. En primer lugar porque privilegia un método residual para estudiar lo popular, deduciendo sus características sólo a partir de lo que la élite es. Este procedimiento que infiere el carácter aglutinante de lo popular por vía inferencial conlleva el riesgo de construir una imagen muy simplificada de la sociedad, de su organización, jerarquía y funcionamiento. Además, lo popular no es percibido como un hecho heterogéneo e histórico, cuyos actores sociales también construyen jerarquías, múltiples relaciones, conflictos y diversidad de expectativas sociales. No logra verse, verbigracia, que estos actores también se agrupan en torno a diversos estilos de vida que continuamente colisionan, originando dinámicas que ayudan a construir a lo popular como un hecho social polisémico, con tensiones y conflictos en torno a los significados que se le de, como también de los sectores sociales calificados y autocalificados como tales.

En segundo lugar, porque este enfoque está muy ligado al estudio de situaciones en que las fuerzas sociales aparecen polarizadas en grandes campos separados por una gran línea divisoria cuya característica depende tanto de los factores específicos que determinan los conflictos en especial por las presiones ejercidas desde afuera, como también por los énfasis dados por el historiador (Burke, 1991: 24, 96 y ss; Thompson, 1995: 19). Si durante mucho tiempo esa línea era trazada desde lo económico en los últimos decenios se han hecho esfuerzos por develar la intervención de otros elementos como los culturales, sociales y étnicos, que han permitido sacar a la luz pública importantes elementos de la cultura popular compartidos por diversos sectores de la población. Sin embargo, cuando se regresa a la vida gris y esos campos de fuerzas tienden a disgregarse, y en consecuencia el fraccionamiento de la sociedad se intensifica, esta perspectiva es muy poco lo que permite conocer, pues la organización social tiende a funcionar de otro modo, e internamente lo popular aparece como un fondo de recursos diversos y conflictivos. Aún el uso del término popular se vuelve problemático demandando estudiar el proceso por medio del cual ese concepto llegó a convertirse en un instrumento aglutinante y su polisemia.

En tercer lugar, la resistencia a reconocer la existencia de capas medias en las sociedades coloniales y postcoloniales tiene que ver con una herencia metodológica producto de la vulgarización del marxismo que no ha permitido complementar y/o reemplazar las explicaciones económicas como causa única y determinante del agrupamiento social con otros factores que intervienen de igual manera. Y esto sigue sucediendo pese a que en los últimos decenios corrientes neomarxistas se han empeñado en producir un acercamiento entre las razones económicas, las sociales, políticas y culturales para tener una visión multicausal

mucho más rica, integrando los modelos teóricos elaborados por Marx y Weber. Gracias a estos avances teóricos hoy se reconoce que los estilos de vida de los diferentes sectores sociales también ayudan a definir la organización y el funcionamiento de las sociedades (Burriss, 1995: 127-186).

La posibilidad de salir de ese pantano está en prestar atención a la existencia de este sector social, a los procesos que llevan a que este sector construya una identidad social tomando elementos de diversas procedencias, reformándolos y/o dándole nuevos significados de acuerdo con sus expectativas sociales, y alcanza prestancia social, condición básica para ser reconocido como sujetos sociales activos de la sociedad. Además, se debe poner especial cuidado en sus dinámicas participativas y autoexcluyentes con relación a lo popular, en especial a como participa y representa lo popular, y como lo modela, reforma y se diferencia del mismo. Aunque comparte con sectores de abajo muchas costumbres, actitudes, expectativas y valoraciones, los sectores medios se diferencian porque construyen un estilo de vida en torno al honor mucho más elaborado y complejo que el encarnado en los estratos más bajos de la sociedad.

Donde mejor se ve las limitaciones del mencionado modelo es en el estudio del artesanado colombiano del siglo XIX. En efecto, durante los dos últimos decenios hemos asistido al desarrollo de una historiografía social y política que estudia al artesanado como una categoría social y política aglutinante, perspectiva impuesta tanto la documentación de la época como por el reconocimiento de que la formación y caracterización de un grupo social es de carácter abierto e inacabado, y que en consecuencia puede representar la presencia de un conjunto de formaciones sociales e imaginarios políticos y culturales que en momentos de ascenso de la movilización social y política se convierte en una identidad que aglutina a muchos sectores sociales que están más allá de la sola condición sociocupacional, aspecto que había planteado E. P. Thompson en sus estudios sobre la formación de la clase obrera inglesa (Archila, 1991: 23-31, 383-392; Sánchez, 1995: 9-18; 1997: 8-9; Aguilera, 1997: 97-113; Sowell, 2006: 35-42).

Pero este recurso no es válido cuando interesados en los actores sociales específicos y en el espeso tejido de sus relaciones, identidades y alteridades, imaginarios, protagonismos, conflictos y negociaciones, nos vemos obligados a desarrollar una visión más restringida y diseccionada de la sociedad y limitamos el uso del concepto de artesanado a algunos rasgos esenciales como sus ocupaciones manuales, la independencia laboral y la prestancia social, al menos en el caso de los maestros propietarios de talleres. Sin retrotraer el nivel de análisis a una concepción economicista ya superada, debemos reconocer que el estudio de las ocupaciones puede iluminar aspectos importantes de la vida social, cultural y política de este grupo social. Por ejemplo, representa un problema clave analizar hasta dónde las ocupaciones determinaban cierto curso de la vida social marcado por valoraciones, relaciones y jerarquías de prominencia social, pues en una sociedad recién salida de la esclavitud y que valoraba la independencia personal, el ejercicio de oficios que garantizaban esa condición constituía un factor muy valorado.

Y no cabe duda en que para la sociedad colonial esos entronques entre condición étnica, social, libertad y oficios eran esenciales para determinar el estatus de las personas. En nuestro medio las formas de vida estamentales fueron traídas por los españoles y luego adquirieron diversas significaciones de acuerdo a las apropiaciones que diferentes estratos hicieron, en lo que tuvo una función central el proceso de mestizaje y a su instrumentalización acorde con las necesidades del poder<sup>3</sup>. Las recientes investigaciones sobre géneros, familia, sexualidad y matrimonio apuntan a señalar al honor como el capital simbólico máspreciado de la vida individual y familiar latinoamericana durante la colonia. Se trató de un valor que otorgaba identidad social, sentido de pertenencia, y que obligaba a su defensa y conservación por parte de la unidad familiar y de aquellos que se autoreconocían como miembros de un grupo que compartía ese atributo (Twinam, 1999; Chambers, 1999: 125-160; Parker, 1990; Saether, 2005; Rodríguez, 2002: 185-196).

Los estudios de Margarita Garrido son los que de manera más incisiva han aclarado aspectos importantes sobre las formas cómo los individuos de condición mestiza han luchado por lograr el reconocimiento, y cómo esos valores que determinan las formas societarias estamentales se han irrigado en sectores diferentes a las élites del Nuevo Reino de Granada durante la colonia tardía (Garrido, 1993: 202-228; 1996: 131-158; 1999: 99-121; 2003: 261-268;). Esta historiadora construye una novedosa interpretación sobre el mestizaje en Colombia y la dinámica social que suscitó a través de las luchas de los mestizos por construirse espacios sociales, gracias al ensamblaje de un modelo teórico que tiene como base las ideas del semiólogo Tzvetan Todorov sobre la búsqueda de reconocimiento como una de las motivaciones más elementales de toda acción humana (Todorov, 1995: 117-162), y las enunciadas interpretaciones de Norbert Elías y de Pierre Bourdieu. Este modelo le permite sacar el tema de los estilos de vida de una tradición de la sociología histórica que los asocia obligatoriamente a las sociedades estamentales, como aparece de manera acabada en la sociología weberiana, la que halló en Alberto Mayor Mora su mejor exponente en Colombia (Mayor, 1995).

Al analizar la construcción de los estilos de vida en torno a las valoraciones señaladas M. Garrido asocia el mestizaje en las postrimerías de la colonia con el interés de gruesas franjas de la población colombiana de ese entonces por construirse un espacio en la sociedad, y por terminar de romper un viejo molde de la colonia temprana que organizaba el orden social y a las personas y grupos que lo integraban, en la república de blancos y la república de indios con sus jerarquías étnicas, de poder, riquezas y prestancia.

Las anteriores consideraciones significan que además de las condiciones de vida y de los capitales simbólicos heredados de sus familias, en la forma cómo se distribuye una economía social del honor también influye la permeabilidad de los distintos sectores sociales a las presiones de las élites e instituciones para que determinados grupos desarrollen unos estilos de vida que les granjeen el aprecio y la consideración de los demás sectores. En la sociedad moderna los conflictos sociales y las prácticas y los discursos sobre la ciudadanía y

la individualidad, ligan la transformación de los discursos sobre el honor en dignidad y el reconocimiento de la identidad (Cardoso, 2004: 25-39; Berger, 1983: 172-181).

Durante varios decenios muchas familias se apertrecharon en esa escala de valoraciones sociales y defendieron sus estatus sociales frente a la nueva prestancia por riqueza material, a la que siempre contraponían lo que consideraban el mayor patrimonio de cualquier ser humano: dignidad, honradez, esfuerzo familiar, trabajo, estudio, decoro, el no escandalizar a la sociedad. Así se conservaron con orgullo y altivez, sin someterse y sin aceptar afrentas. Otras que formaban la franja de los parientes pobres de las elites, vivieron con unas prestancias prestadas y a la sombra de sus consanguíneos colaterales, y se caracterizaron por su arribismo y por sus actitudes ofensivas frente a los demás, y constituyeron un baluarte en la defensa de la prestancia por nacimiento. Muchas otras cayeron en desgracia y trasegaron de la pobreza a la miseria sin oponer tenaz resistencia, estados que marcaban una diferencia significativa en una época en la que con mucha vergüenza algunos sectores aceptaban ser declarados “pobres de solemnidad” para poder recibir una pequeña ayuda de las autoridades y así evitar caer en la condición de miserables, el último peldaño de la estratificación social.

Esto quiere decir, que las actitudes frente al reconocimiento social no obligatoriamente eran homogéneas, pues existían diversas lecturas, experiencias y expectativas en torno a la autovaloración positiva en concordancia con la diversidad de sectores sociales y étnicos existentes y las ubicaciones de estos en el orden social.

En lo esencial se trataba de un frágil estatus de índole familiar conservado con mucho celo y que implicaba diseñar estrategias colectivas para mantenerlo y/o mejorarlo. Estudio, trabajo, procesos de desnegramiento entre las familias de color mediante las conocidas estrategias de “mejorar la raza”, de “lavarse”, como se estila decir aún hoy, a través de matrimonios con personas de menos pigmentación en la piel, o de aclararse a la sombra, fueron algunos de los mecanismos empleados para mantener o mejorar un poco esa calidad social. La variada escala de pigmentación que entre el negro y el blanco establecía una amplia gama de matices constituía un acervo del que echaban mano diversos sectores para defender sus estatus sociales. Si esto se acompañaba con la puesta en escena de una vida pública virtuosa (trabajo, educación, buenas maneras, recato, etc.) mucho mejor.

El traspíe de algún miembro de la familia podía enlodar la dignidad de la misma y llevarla a perder la consideración y estima de los demás. Debido a esto, muchas cabezas de familia se mantenían en continua guardia y levantaban a sus hijos y parientes con rigor, con mano dura, pues, para ilustrar con un ejemplo, en un medio social en el que primaba las uniones libres siempre se corría el riesgo de que una joven de la familia se “saliera a vivir” con un fulano de tal considerado de menos condición social y que esta decisión arrastrara a la deshonra a sus

parientes<sup>4</sup>. De ahí que “la legítima defensa del honor personal y familiar” era una figura contemplada en la legislación penal que en ciertos casos permitía que los mayores procedieran por vías de hecho contra quienes mancillaban la dignidad. La novela *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez está construida en torno al drama que vive un hombre recién casado que siente ultrajada su honría porque su esposa no llega virgen al matrimonio, y la tragedia que suscita la familia de esta con el asesinato del hombre que les ultrajó el honor, lo que constituía un acto simbólico para el resto de la sociedad que esperaba de esta manera que la familia mancillada mantuviera la consideración de los demás (Méndez, 1990: 934-942).

Estas valoraciones sociales y el estado de permanente guardia para mantener el estatus ayudó a crear el fenómeno del madresolterismo, pues la familia del periodo colonial era socorrida por la existencia de una jurisprudencia que prohibía los matrimonios entre parejas socialmente desiguales por razones étnicas, económicas y de prestancia (nuevamente ratificado por una real cédula de 1788), que obligaban a las uniones clandestinas y al amancebamiento entre personas de distintas esferas. Los tratos amorosos y sexuales que frecuentemente terminaban en embarazos o la pérdida de la virginidad, nada podían hacer frente al alegato de los familiares del joven de mejor posición social. Los padres de éste también intervenían para lograr que su promesa de matrimonio no tuviera efecto. Las familias de mestizos que habían alcanzado cierto estatus social, también reproducían estas valoraciones “... y entablaron un severo control sobre las pretensiones matrimoniales de sus hijos... aun entre los sectores más pobres de las ciudades, se levantó una pared que limitaba las nupcias” (Rodríguez, 1997: 88-90).

Aunque no se trató de una situación homogénea para todos los miembros del común, como lo muestra de forma brillante un estudio de la sociedad de la provincia de Santa Marta entre 1750 y 1850, para sectores de las llamadas castas libres, al igual que para las élites de la región, el matrimonio era un instrumento para mantener el estatus logrado a costa de ingentes sacrificios y de vivir en un constante estado de alerta (Saether, 2005: 75-97 y 233 y ss.).

Como se ha mostrado recientemente (Solano, 2008: 126-145; Solano y Flórez, 2008: 173-217), algunas obras literarias de comienzos del siglo XX plantean aspectos básicos para quienes se interesan en la historia social urbana del Caribe colombiano del penúltimo tránsito finisecular, al sugerir la existencia de unas relaciones entre las ocupaciones laborales, los estilos de vida y las transformaciones que estas vivieron en el contexto de tránsito a la sociedad capitalista en los centros urbanos costeros. Se trata de un aspecto de vital importancia para entender cómo ha sido el proceso de configuración de la sociedad moderna en la región costera colombiana, dado que su estudio muestra una parte importante de la dinámica que asume lo popular como un campo de fuerzas que continuamente colisionan, originando procesos que ayudan a construirlo como un hecho social polisémico, con tensiones y conflictos en torno a los significados que se le de, como también de los sectores sociales calificados

y autocalificados como tales, y de los esfuerzos realizados por algunas franjas de la población para salir del estado de indiferenciación social que ese concepto implica, o por no caer en ella.

No es tan difícil determinar los sectores que integraban esta capa social, pues los registros escritos y orales permiten afirmar que en ella confluían individuos y familias muy disímiles en la medida que encontramos las dualidades entre quienes tenían en alta consideración el honor y los deshonestos, los apegados a la temperancia y consuetudinarios consumidores de licor, los aferrados al sagrado compromiso de la palabra empeñada y irresponsables, y así sucesivamente en la escala de las valoraciones sociales positivas y negativas. Pese a estas dualidades, lo cierto es que esta franja de la sociedad -que podemos llamar las capas medias de los oficios rudos- tejó una urdimbre social y cultural a nivel familiar, vecinal y municipal que luego fue asumida por otros sectores sociales, en especial por las capas medias modernas de la primera mitad del siglo XX.

Si a este sector de la población le reconocemos esa significación social y cultural en la vida urbana colombiana del siglo XIX cómo es posible que haya pasado desapercibida al interés de los historiadores sociales?

En las recientes investigaciones sobre la sociedad latinoamericana del periodo que va de 1750 a 1950, los trabajadores notables ocupan un lugar destacado (Lida, 1998: pp. 67-76; Pérez e Illades, 1998: 77-88; Grez, 1998: 89-100; Casanovas, 1998: 101-119), pues eran personas que por ejercer oficios útiles para la sociedad y poseer atributos que le garantizaban la independencia y la consideración social (talleres, pequeños negocios, conocimientos y pericias, procedencia familiar, condición étnica, estudios, respetabilidad social, desempeño de cargos públicos por designación o elección, militancia política con reconocimiento, ascendencia política sobre franjas de la población), se les consideraba sujetos activos de la sociedad de su época, y como tal tomaban parte en las decisiones que de alguna u otra forma afectaban la vida comunitaria y pública. Todo el discurso político liberal del siglo XIX y el usufructo del derecho a la ciudadanía política parece tener como última frontera a estos sectores, que al lado de las elites forman la parte activa de la sociedad. Esa relevancia se debe a que en sus personas, como familia y como grupo conjugaban unos factores que la sociedad valoraba positivamente, como era la autonomía que daba el aspecto ocupacional, el que por fortuna actualmente empieza a ser recuperado más allá de la simple visión económica a la que estuvo condenado durante mucho tiempo, y elementos de igual importancia como el étnico, el cultural, el político. Estos nuevos énfasis se deben a que los considerados "actores pasivos de la historia" alcanzan protagonismo inusitado cuando al enfoque estructuralista que los reduce a un simple dato del sistema social, se le suma la indagación sobre su conversión en sujetos sociales, el impacto del mestizaje en el reordenamiento social y su participación política, en especial las formas de sociabilidad, la recepción y reelaboración de los discursos, la construcción de la ciudadanía y de las redes políticas y sociales. Desde estas perspectivas se les reconoce como unos sectores sociales que estuvieron en el

centro de la discusión política en torno a la soberanía popular, la cobertura social y condiciones que debía cumplir el elemento social depositario de la categoría de ciudadano (Murilo, 1999: 321-370; Moutokias, 1996).

Al ser el sector que expresa de mejor forma la dinámica producida por un mestizaje que redefinió a la sociedad colonial de la segunda mitad del siglo XVIII (Pérez Vila, 1986: 325-341; Garrido, 1999; 2003: 261-268), los trabajadores notables impusieron ciertas condiciones al reacomodo al orden social, en especial con la que tenía que ver con la valoración social positiva de las personas y sus familias gracias a la construcción de una vida meritoria, tanto personal como familiar, a punta de esfuerzos, sacrificios y la proyección social de una conducta aceptada y valorada por los demás. En consecuencia, al lado de la tradicional prestancia social determinada por la raza, los abolengos y los orígenes familiares paulatinamente fue surgiendo otra, la determinada por el autoesfuerzo, por los méritos y el reconocimiento social logrados gracias a la práctica de unas virtudes que el conjunto social consideraba como dignas y honorables.

Esta tendencia de finales de la dominación colonial se vio revitalizada a lo largo del siglo XIX debido a los canales de movilidad social y política que se abrieron con la república. Para esta franja de la sociedad la lucha por la ciudadanía planteada desde los inicios del conflicto anticolonial suponía la promesa de la superación de las barreras de diferenciación social como era el factor étnico. La condición de ciudadano y el reconocimiento social gracias a que la vida honrosa y digna que llevaban convergió con elementos ideológicos y científicos que para finales de la colonia habían introducido a nivel intelectual y administrativo una visión más antropológica e histórica del hombre, concebido ahora como un ser en construcción, y por tanto posible de perfección, abriendo una brecha en una sociedad de castas que solo reconocía los méritos personales y la valía social en el caso de quienes lo heredaban de cuna, es decir, a los blancos considerados limpios de sangre y que vivían sometido a Dios y al rey.

El primer siglo de la república abriría los aludidos canales de movilidad social a estos sectores. El General Joaquín Posada Gutiérrez, cartagenero nacido en el último siglo de dominación colonial y actor político de primer orden durante la primera mitad del siglo XIX, y por tanto, testigo de los reordenamientos que vivió la sociedad cartagenera, al describir las fiestas de la virgen de la Candelaria y el resquebrajamiento del orden social fundado en la estratificación de castas, reconoció el cambio social que se operó durante ese tiempo (aunque lo hace precisamente después de la derrota conservadora en 1863 y de la expedición de la Constitución de los Estados Unidos de Colombia, por lo que el reconocimiento es para condenar lo que considera excesos de la democracia liberal), y como buena parte de la prestancia social ya se debía "... a la proyección de una conducta social aceptada por los demás", señalando al mismo tiempo como el mestizaje se había impuesto y había dejado atrás "esa odiosa costumbre de la discriminación" (Posada Gutiérrez, 1929: 197, 202). Lo segundo debe ser mejor digerido, pero lo primero era cierto.

## Conclusiones

En este artículo se han explorado aspectos puntuales de la cultura que fue construyendo esa franja social definida como los trabajadores notables, cultura que también puede identificarse como de las *capas medias* en la medida que el estilo de vida organizado en torno al honor y la dignidad les sirvió para diferenciarse de los sectores más bajos de la población y para granjearse el reconocimiento social, ubicándolos en una posición intermedia en la estructura social, la que no se definía solamente a partir de la posesión de la riqueza material. Con contadas excepciones la mayoría de los historiadores que analizan la sociedad colombiana decimonónica se han resistido a emplear el concepto de capas medias para ese sector de la población que difícilmente clasifica en la relación bipolar élite-popular (Pacheco, 1992; Gutiérrez, 1995; Mayor, 1997; Aguilera, 1997; Sowell, 1999: 189-216).

Casi siempre que se lee a los especialistas en este tipo de representación de la sociedad, no deja uno de preguntarse hasta dónde el universo de análisis puede ser representativo de este grupo, y si al igual que alguna vez advirtió Eric Hobsbawm a propósito de quienes confunden la historia de los líderes con la del resto de la clase trabajadora (Hobsbawm, 1987: 218-219), no es necesario establecer las debidas distinciones para precisar de mejor forma el objeto de investigación y evitar cierto efectismo literario muy cercano a la literatura histórica construida sobre una bipolaridad social. Esto se debe al predominio de unos enfoques que emplean categorías sociológicas diseñadas para el estudio de las sociedades modernas, como es el concepto de *clase social* definida a partir de elementos económicos, o en su defecto de los conceptos propios para el análisis de las sociedades de corte tradicional como son los de *estamentos* o *castas*, pero reduciéndolos a la exclusiva condición étnica, concebida sólo como problema de pigmentación de la piel. Ese desinterés de los historiadores sociales también proviene de cierto menosprecio al análisis tanto de la estratificación social -a la que suponen como un dato conocido y de simples porcentajes en la población económicamente activa de una comunidad-, como de los comportamientos y relaciones de los grupos sociales, aspectos que terminan reemplazados por conceptos más genéricos y sólo propicios para los momentos de confrontación social a gran escala.

En parte este descuido se debe al hecho de que esa historiografía tuvo que responder a los interrogantes que en su momento demandó la sociedad y el mundo académico, como también a un estado de los estudios históricos que, por un lado concedía poco interés a la historia política, y por otra parte estaba muy marcada por la influencia del estructuralismo e interesada en el estudio de la protesta social, demanda a su vez planteada por el ascenso de los movimientos sociales en el Tercer Mundo después de la segunda guerra mundial. De ahí que para el caso específico de los artesanos del siglo XIX el interés de los historiadores se haya ocupado en buena medida del impacto que recibieron de las reformas liberales, en especial de las consecuencias del establecimiento del libre comercio sobre la industrial artesanal, y de las influencias políticas

e ideológicas internacionales, en especial del liberalismo y del socialismo utópico francés sobre la elaboración de unos discursos y unas prácticas políticas por parte de este grupo, como también de sus relaciones con otros grupos sociales y con los partidos políticos que nacían por esos años. En este acento convergieron los enfoques liberales y marxistas interesados en el establecimiento de políticas proteccionistas por parte del Estado y en el estudio de los motivos y características de la protesta social urbana, como también otros enfoques desarrollistas interesados en analizar el impacto del crecimiento económico sobre los sectores sociales de abajo (Colmenares, 1968; Vargas, 1972; Urrutia, 1976; Ocampo, 1990: 21-45; Vega, 1990: 47-65; Jaramillo, 1994: 191-217; Escobar, 1993; Pardo, 1998; Guerra, 2000; Gaviria, 2002. Acevedo, 1990-1991).

Así pues, son diversas las limitaciones de los enfoques con que se ha estudiado la sociedad urbana decimonónica y de la primera mitad del siglo XX, por que en buena medida se diseñaron para estudiar los momentos en que la sociedad se hallaba polarizada, y en consecuencia fácil de representar bajo la relación binaria elite-popular. Aunque en este caso se trata de conceptos relacionales que obligan a comparaciones, contrastes e inferencias sobre los modos de vida de esos polos sociales, las investigaciones que asumen esta dirección exageran una imagen bipolar de esa sociedad, de su organización y de su funcionamiento, al tiempo que frente a ese sector de los trabajadores notables incómodo de clasificar en algunos de esos polos lo invisibilizan en lo popular.

Pues bien, los cambios en los estilos de vida que fue introduciendo el capitalismo fueron padecidos por diversos sectores de la sociedad debido a que el capital simbólico que granjeaba la consideración y el respeto de los demás estuvo repartido de manera asimétrica entre distintos estratos sociales, dado que en las sociedades tradicionales los factores que determinaban el encumbramiento social (riquezas, poder político y prestancia social) no se concentraban en las mismas personas y/o en un sólo grupo. Entonces, artesanos notables, trabajadores calificados, empleados de casas comerciales y de empresas de transportes, profesionales de condición humilde, hombres letrados, pequeños comerciantes, burócratas, oficialidad de la fuerza pública, educadores, parientes pobres de las familias de las elites, trabajadores humildes y muchos más, formaron parte de este sector que compartió un estilo de vida organizado en torno a la valoración del honor, la dignidad, la condición de buen vecino y de buen ciudadano.

Frente a la degradación de este estilo de vida las reacciones fueron diversas acorde con la procedencia familiar, la condición étnica, el estatus de sus oficios, las aspiraciones, sus proximidades o lejanías con los sectores de más abajo y con las elites, en fin, en concordancia con la diversidad del capital simbólico que se poseyera. Esa defensa tuvo una gradación en concordancia con los cambios que se venían operando, pues por una parte el primer lustro de los años de 1920 fueron los de la llamada "prosperidad a debe" y se produjo una movilidad social fundada en la riqueza material, la que era muy mal vista por las elites tradicionales. Además, son los años de un crecimiento demográfico gracias a los sectores de población del campo de casi todo el país, y esto imposibilitó

conocer la ascendencia de los recién llegados, grave problema para sectores raizales habituados a tener ese conocimiento pendiente al momento de catalogar socialmente a personas, familias y grupos.

## Notas y Citas

- (1) Pero, al mismo tiempo, la riqueza de los descubrimientos que se han venido haciendo y el estado de ebullición han llevado a que del reconocimiento de esos factores no necesariamente se infieran el orden de jerarquía de los mismos y las categorías de análisis a aplicar. Los riesgos del anacronismo con la categoría clase social, o la extrapolación de conceptos elaborados para otras realidades, como es la categoría de castas (Garavaglia y Grosso, 1994: 39-42), se han pretendido superar mediante multidominaciones. Ahora bien, el conjunto de variables introducidas en el análisis del pasado de las sociedades latinoamericanas ha llevado a algunos autores a proponer el empleo de algunos conceptos de la época colonial, como es la categoría *calidad* como elemento que se empleaba para calificar y clasificar a las personas en virtud de una escala valorativa de la reputación basada en aspectos raciales, económicos, poder político y de prestancia social (MacCaa, 1993: 150-151).
- (2) Diversos trabajos (Seed; 1988; Burkholder, 1998: 18-44; Johnson, 1998: 127-151; Boyer, 1998: 152-178; Gonzálbo, 1998: 13; 2007, 1117-1161; Chambers, 1999: 125-160; Twinam, 1999; Chaves 2001: 143 y ss.) entre muchos, constituyen apenas una muestra del interés que despierta el tema de la *calidad* de las personas y sus vínculos con las valoraciones referidas a las imágenes sociales de los individuos, las familias y los grupos sociales a que se pertenecía, en especial por lo relacionado con el honor como un mecanismo de estatus social que definía de manera asimétrica las relaciones entre los géneros defendido el hombre, centrado en la mujer e irradiado al resto de la familia.
- (3) (Peristany, 1968; Pitt-Rivers, 1979; Pitt-Rivers y Peristany, 1993; Maravall, 1989; Mörner, 1969: 44-77; 1989; Taylor, 1996; Parker, 1995: 161-185; Garavaglia y Grosso, 1994: 39-80; Jaramillo U., 1997: 173-214; Bernard, 2005).
- (4) Sobre esta conducta social en el Estado de Bolívar ver "Informe del Señor Procurador General del Estado", en *Diario de Bolívar*, Cartagena, agosto 22 y 23 de 1878.

## Bibliografía

- ACEVEDO, Darío. (1991). *Consideraciones críticas sobre la historiografía de los artesanos del siglo XIX*, en Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura N<sup>os</sup> 18-19. Bogotá, Universidad Nacional.
- AGUILERA, Miguel. (1997). *La insurgencia urbana en Bogotá*. Bogotá, Colcultura.
- BAJTIN, Mijail. (1995). *La cultura popular en la edad media y en el renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Madrid, Alianza ed.

- BARTH, Frederik, (comp.). (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. México, Fondo de Cultura Económica.
- BERGER, Peter. (1983). "On the Obsolescence of the Concept of Honor", en Stanley Hauerwas y Alasdair MacIntyre (orgs.), *Revisions: Changing Perspectives in Moral Philosophy*, Indiana, University of Notre Dame Press, pp. 172-181.
- BERNAND, Carmen. (2005). *Culturas populares contemporáneas: Latinidad, músicas, héroes y santos*, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, N° 2, París, Escuela de Altos Estudios.
- BOURDIEU, Pierre. (1991). *El sentido práctico*, Madrid, eds. Taurus.
- \_\_\_\_\_ (1997). *Razones prácticas*, Barcelona, ed. Anagrama.
- BOYER, Richard. (1998). "Honor Among plebeians mala sangre and social reputation", in Lyman Johnson y Sonya Lipsett-Rivera (eds.), *The Faces of Honor. Sex, Shame and Violence in colonial Latin America*, Alburquerque, University of New Mexico Press, pp. 152-178.
- BURKE, Peter. (1991). *La cultura popular en la Europa moderna*. Madrid, Alianza ed.
- BURKHOLDER, Mark. (1998). "Honor and honors in colonial Spanish America", in Lyman Johnson y Sonya Lipsett-Rivera (eds.), *The Faces of Honor. Sex, Shame and Violence in colonial Latin America*, Alburquerque, University of New Mexico Press, pp. 18-44.
- BURRIS, Val. (1995). "La síntesis neomarxista de Marx y Weber sobre las clases", en J. Carabaña, J y A. de Francisco (comps.). *Teorías contemporáneas de las clases sociales*. Madrid, ed. Pablo Iglesias, pp. 127-186.
- CARDOSO DE OLIVEIRA, Luís. (2004). "Honor, Dignidad y Reciprocidad". *Cuadernos de Antropología Social* N° 20. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, pp. 25-39.
- CASANOVAS, Joan. (1998). "El artesanado habanero y los orígenes del Círculo de Trabajadores", en *Historia Social* N° 31. Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, pp. 101-119.
- COLMENARES, Germán. (1968). *Partidos políticos y clases sociales en Colombia*. Bogotá, Universidad de los Andes.
- CHAMBERS, Sarah. (1999). *From subjects to citizens. Honor, gender, and politics in Arequipa Peru 1780-1854*, Pennsylvania State University Press.
- CHARTIER, Roger. (1996). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, ed. Gedisa.
- \_\_\_\_\_ (1994). *Libros, lecturas y lectores en la edad moderna*, Madrid, Alianza ed.

CHAVES, María Eugenia. (2004). *Honor y libertad. Discursos y recursos en la estrategia de libertad de una mujer esclava (Guayaquil a fines del período colonial)*, Gotemburgo, Departamento de Historia e Instituto Iberoamericano de la Universidad de Gotemburgo.

*Diario de Bolívar*, Cartagena, 1878.

DÍAZ, Miguel. (2004). "Antropología e historia ¿Un diálogo necesario?. Edward Palmer Thompson: una revisión". *Relaciones* vol. XXV, N° 99, Michoacán, Colegio de Michoacán, pp. 287-316.

ELIAS, Norbert. (1996). *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_. (1998). "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados". *La civilización de los padres y otros ensayos*, Bogotá, Universidad Nacional-Grupo ed. Norma, pp. 79-138.

ESCOBAR, Carmen. (1993). *La revolución liberal y la protesta del artesanado*. Bogotá, Fundación Universitaria Autónoma de Colombia-Fondo Editorial Suramérica.

GARAVAGLIA, Juan C. y GROSSO, Juan C. (1994). "Criollos, mestizos e indios: etnias y clases sociales en el México colonial a fines del siglo XVIII". *Secuencia* N° 29, México, Instituto José María Mora, pp. 39-42.

GARRIDO, Margarita. (1993). *Reclamos y representaciones. Variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815*, Bogotá, Banco de la República.

GARRIDO, Margarita. (1996). "La vida cotidiana y pública en las ciudades coloniales", en Beatriz Castro (ed.), *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, pp. 131-158.

\_\_\_\_\_. (1999). "Honor, reconocimiento, libertad y desacato: sociedad e individuo desde un pasado cercano", en Luz Gabriela Arango, Gabriel Restrepo y Carlos Eduardo Jaramillo (eds.), *Cultura, política y modernidad*. Bogotá, Universidad Nacional, pp. 99-121.

GARRIDO, Margarita. (2003). "Migración de paradigmas. A propósito del mestizaje", en Adriana Maya y Diana Bonnett (comps.), *Balance y desafío de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI*, Bogotá, Universidad de los Andes, pp. 261-268.

GAVERIA, Enrique. (2002). *El liberalismo y la insurrección de los artesanos contra el librecambio. Primeras manifestaciones socialistas en Colombia*. Bogota, ed. Universidad Jorge Tadeo Lozano.

GONZÁLBO, Pilar. (1998). *Familia y orden colonial*, México, El Colegio de México.

GONZÁLBO, Pilar. (2007). "Afectos e intereses en los matrimonios en la ciudad de México a fines de la colonia", en *Historia Mexicana* vol. LVI, N° 4, México, Colegio de México, pp. 1117-1161.

- GONZÁLEZ, Carolina. (2006). "Los usos del honor por esclavos y esclavas: del cuerpo injuriado al cuerpo liberado (Chile, 1750-1823)", en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* N° 6, París, L'Ecole des Hautes Etudes Sciences Sociales.
- GREZ, Sergio. (1998). "La reivindicación proteccionista artesanal y la constitución del movimiento popular (Chile, 1826-1885)", en *Historia Social* N° 31. Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, pp. 89-100.
- GUERRA, Sergio. (2000). *Los artesanos en la revolución latinoamericana. Colombia (1849-1854)*. Bogotá, Universidad Central.
- GUTIÉRREZ, Francisco. (1995). *Curso y discurso del movimiento plebeyo en Colombia 1849-1854*, Bogotá, coed. Cerec-Universidad Nacional.
- HATCH, Elvin. (1989). "Theories of honor social". *American Anthropologist*, vol. 91, N° 2, American Anthropological Association, pp. 341-353.
- HOBBSAWM, Eric. (1987). "La formación de la cultura obrera británica", en *El mundo del trabajo*. Barcelona, ed. Crítica, pp. 218-219.
- \_\_\_\_\_. (1991). "Historia desde abajo". *Sobre la historia*, Barcelona, ed. Crítica, pp. 205-219.
- JARAMILLO, Jaime. (1994). "Las Sociedades Democráticas de artesanos y la coyuntura política y social colombiana de 1848", en *La personalidad histórica de Colombia*. Bogotá, El Ancora eds., pp. 191-217.
- JARAMILLO, Jaime. (1997). "Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII", en *Travesías por la historia*, Bogotá, Biblioteca Familiar de la Presidencia de la República, pp. 173-214.
- JOHNSON, Lyman. (1998). "Dangerous words, provocative gestures, and violent acts: the disputed hierarchies of plebeian life in colonial Buenos Aires", in Lyman Johnson y Sonya Lipsett-Rivera (eds.), *The Faces of Honor. Sex, Shame and Violence in colonial Latin America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 127-151.
- LIDA, Clara. (1998). "Trabajo, organización y protesta artesanal: México, Chile y Cuba en el siglo XIX", en *Historia Social* N° 31. Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, pp. 67-76.
- MACCAA, Robert. (1993). "Calidad, clase y matrimonio en el México colonial: el caso de Parral, 1778-1780", en Pilar Gonzálbo (comp.), *Historia de la familia en México*, México, Instituto Mora, 1993.
- MARAVALL, José. (1989). *Poder, honor y elites en el siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI eds.
- MAYOR, Alberto. (1997). *Cabezas duras y dedos inteligentes*, Bogotá, Colcultura.

- MÉNDEZ, Hugo. (1990). "La reinterpretación paródica del código de honor en *Crónica de una muerte anunciada*", en *Hispania* vol. 73, N° 4, American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, pp. 934-942.
- MÖRNER, Magnus. (1969). *La mezcla de raza en la historia de América Latina*, Buenos Aires, ed. Paidós.
- \_\_\_\_\_. (1989). *Estratificación social hispanoamericana durante el periodo colonial*, Estocolmo.
- MOUSNIER, Roland. (1972). *Las jerarquías sociales*, Buenos Aires, Amorrortu eds.
- MOUTOUKIAS, Zacarías. (1996). *El concepto de redes en la historia social: un instrumento de análisis para la acción colectiva*. (Conferencia dictada en el marco de la Segunda Maestría en Historia Latinoamericana. Universidad Internacional de Andalucía. La Rábida. Fotocopias).
- MURILO de Carvahalo, José. (1999). "Dimensiones de la ciudadanía en el Brasil del siglo XIX", en Hilda Sabato (comp.). *Ciudadanía política y formación de las naciones*. México, ed. Fondo de Cultura Económica, pp. 321-370.
- OCAMPO, José A. (1990). "Comerciantes, artesanos y política económica en Colombia, 1830-1880", en *Boletín Cultural y Bibliográfico* N° 22. Bogotá, Biblioteca Luís A. Arango, pp. 21-45.
- PACHECO, Margarita. (1992). *La fiesta liberal en Cali*. Cali, Universidad del Valle.
- PARDO, Orlando. (1998). *Los pico de oro: la resistencia artesanal en Santander*. Bucaramanga, coed. Universidad Industrial de Santander-Sistemas y computadores.
- PARKER, David. (1990). *The rise of the Peruvian middle class. A social and political history of white collar employees in Lima, 1900-1950*, Stanford, Stanford University Press.
- \_\_\_\_\_. (1995). "Los pobres de la clase media: estilo de vida, consumo e identidad en una ciudad tradicional", en Aldo Panchifi H. y Felipe Portocarrero S. (eds.), *Mundos interiores: Lima 1850-1950*, Lima, Universidad del Pacífico, pp. 161-185.
- PÉREZ, Manuel (1986). "El artesanado: la formación de una clase media propiamente americana, 1500-1800", en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, N° 274. Caracas Academia Nacional de la Historia, pp. 325-341.
- PÉREZ T., Sonia e ILLADES, Carlos (1998). "El artesanado textil de la ciudad de México durante el siglo XIX", en *Historia Social* N° 31. Valencia, Fundación Instituto de Historia Social, pp. 77-88;
- PERISTANY, Jean G. (comp.). (1968). *El concepto del honor en la sociedad mediterránea*, Barcelona, ed. Labor.

- PITT-RIVERS, Julián. (1979). *Antropología del honor o política de los sexos Ensayos de antropología mediterránea*, Barcelona, ed. Crítica.
- PITT-RIVERS, Julián y PERISTANY, Jean G. (eds.). (1993). *Honor y gracia*, Madrid, Alianza ediciones.
- POSADA GUTIÉRREZ, Joaquín. (1929). *Memorias histórico políticas*, tomo II. Bogotá, imp. Nacional.
- RODRÍGUEZ, Pablo. (1997). *Sentimientos y vida familiar en el Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, ed. Ariel.
- \_\_\_\_\_. (2002). *En busca de lo cotidiano. Honor, sexo, fiesta y sociedad siglos XVII-XIX*, Bogotá, Universidad Nacional.
- SAETHER, Steinar. (2005). *Identidades e independencia en Santa Marta y Riohacha 1750-1850*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- SAN PEDRO, Patricia. (2004). "Historia social o sociología histórica. El debate en la academia norteamericana en el periodo de la postguerra, 1945-1970". *Sociológica*, N° 55, México, El Colegio de México, pp. 13-47.
- SÁNCHEZ, Gonzalo. (1995). "Prólogo". Gutiérrez, Francisco. *Curso y discurso del movimiento plebeyo 1849-1854*, Bogotá, Universidad Nacional-El Áncora eds., pp. 9-19.
- \_\_\_\_\_. (1997). "Prólogo". Aguilera, Mario. *Insurgencia urbana en Bogotá*. Bogotá, Colcultura, pp. 7-18.
- SEED, Patricia. (1991). *Amar, honrar y obedecer en el México colonial*, Madrid, Alianza ed.
- SPRIVAK, Gayatri. (1998). "Estudios de la subalternidad: deconstruyendo la historiografía". Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana (comps.). *Debates post coloniales: Una introducción a los estudios de la subalternidad*, La Paz, coeds. Aruwiñiri-ed. Historias, pp. 247-278.
- SOLANO, Sergio Paolo (2008). "Imprentas, tipógrafos y estilos de vida en la región Caribe colombiana, 1850-1930", en *Palabra* N° 9. Cartagena, Universidad de Cartagena, pp. 126-145.
- SOLANO, Sergio Paolo y FLÓREZ BOLÍVAR, Roicer. (2008). "Del texto al contexto. Cosme y la sociedad urbana del Caribe colombiano a comienzos del siglo XX". Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica N° 7, Barranquilla, Universidad del Atlántico-Universidad de Cartagena, pp. 173-217.
- SOWELL, David. (1999). "La Sociedad Democrática de artesanos de Bogotá", en Germán Mejía Pavony, Michael La Rosa y Mauricio Nieto (eds.). *Colombia en el siglo XIX*. Bogotá, ed. Planeta, pp. 189-216.

- \_\_\_\_\_. (2006). *Artisanos y política en Bogotá*. Bogotá, eds. Pensamiento Crítico-Clío ed.
- TAYLOR, Charles. (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona, ed. Paidós.
- THOMPSON, E. P. (1995). *Costumbres en común*. Barcelona, ed. Crítica.
- \_\_\_\_\_. (2000). "Historia y antropología". *Agenda para una historia radical*. Barcelona, ed. Crítica, pp. 15-43.
- TODOROV, Tzvetan. (1995). *La vida en común. Ensayo de antropología general*, Madrid, Taurus.
- TWINAM, Ann. (1999). *Public Lives Private Secrets. Gender, honor, sexuality and illegitimacy in colonial Spanish America*, Stanford, Stanford University Press.
- \_\_\_\_\_. (1991). "Honor, sexualidad e ilegitimidad en la Hispanoamérica colonial". Asunción Lavrin (coord.), *Sexualidad y matrimonio en la América Hispánica, siglos XVI-XVIII*, México, ed. Grijalbo.
- URRUTIA, Miguel. (1976). *Historia del sindicalismo en Colombia*. Medellín, ed. La Carreta.
- VARGAS, Gustavo. (1972). *Colombia 1854: Melo, los artesanos y el socialismo*. Bogotá, ed. Oveja Negra.
- VEGA, Renán. (1990). "Liberalismo Económico y artesanado en la Colombia decimonónica", en Boletín Cultural y Bibliográfico, N° 22. Bogotá, Biblioteca Luís A. Arango, pp. 47-65.
- WACQUANT, Loïc y BOURDIEU, Pierre. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, ed. Grijalbo.
- WEBER, Max. (1997). *Economía y sociedad*. México, FCE.